

Ricardo Donoso

## Sobre la personalidad de don Alejandro Venegas



O sin vencer la mayor resistencia, creo necesario consignar algunas aclaraciones sobre la personalidad de don Alejandro Venegas y su influencia en la formación espiritual de Armando Donoso, ambas torcidamente bosquejadas y señaladas por el señor Raúl Silva Castro.

Dice el redactor de *El Mercurio* que al público no tiene por qué interesarle lo que se diga del señor Venegas. Afirmación aventurada. ¿Por qué no le ha de interesar al público lo que se diga sobre la personalidad de ese eminente maestro y valiente escritor, que ocupa ya un lugar indiscutido en la historia nacional? Y para acentuar aún más su pensamiento el articulista sostiene que el daño que las obras del señor Venegas estaban llamadas a hacer ya lo hicieron. Del hecho de que las obras del señor Venegas no sean leídas deduce el señor Silva Castro que ellas no tienen ninguna importancia.

Con semejante criterio se podría negar el valor social y literario de cualquier escritor nacional del siglo pasado, y regatearle influencia a los más destacados valores de nuestro panteón literario. Y para justificar el inaudito calificativo de «chismoso» dado al autor de *Sinceridad*, el crítico literario ha tenido que registrar las columnas de la prensa de la época, y encontrar, ¡estupendo hallazgo!, un artículo anónimo aparecido en *El Mercurio* de 11 de febrero de 1911, y traer a colación una cita insignificante de un insignificante folleto de un anónimo del señor Carlos Contreras Puebla. ¡Valiente crítico! Si para valorizar el valor social y literario de ese escritor no ha encontrado argumentos de mayor peso, nos asisten fundados motivos para dudar de su capacidad crítica.

¿Será necesario repetir lo que don Alejandro Venegas significa para protestar, una vez más, con indignación, de ese menguado calificativo, tratándose de un publicista de su importancia? Lo que el señor Silva Castro condena en el autor de *Sinceridad* es casualmente lo que muchos chilenos admiramos y exaltamos en su obra: el valor moral, el patriotismo ardoroso, la valentía para poner el dedo en la llaga y su perspicacia para señalar las lacras del organismo social de su época. ¿Quién sino don Alejandro Venegas, destacó la importancia de las cuestiones sociales, señaló la impotencia del régimen parlamentario para encararlos y clamó por reformas para no llegar a soluciones violentas? ¡Qué gran distancia hay del patriota

exaltado, del apóstol encendido y del escritor pletórico de coraje cívico, que fué don Alejandro Venegas, del autor de obras «chorreantes de sangre humana» que con desconcertante ligereza ha hablado el señor Silva Castro!

2. En su afán de regatear méritos y caracterizar con sombríos rasgos la personalidad de don Alejandro Venegas, «deforme pensador» para el mal informado crítico, llega hasta negar la influencia que ejerció en la formación espiritual de Armando Donoso. Dice que era necesario salir al paso de esa leyenda y que se repetirían vaguedades. Puede estar tranquilo el señor Silva Castro a este respecto. Personas que estuvieron cerca de Armando Donoso saben bien cuál fué la influencia que el inolvidable maestro ejerció en el alma del discípulo, la admiración y gratitud que éste guardó por aquél, y las relaciones que mantuvieron durante su vida. Como historiador de las letras chilenas el señor Silva Castro puede descansar en la seguridad de que no se formará ninguna leyenda sobre el particular. Puedo sí afirmar, sin temor a ser desmentido, que la influencia de don Alejandro Venegas en la formación espiritual de Armando Donoso fué grande, decisiva y profunda. Supo despertar en él su vocación literaria, estimular sus iniciativas, cultivar su gusto y orientar sus lecturas. Cumplió generosamente su gran misión de maestro. De aquí la gratitud, el respeto y el cariño que Armando Donoso guardó siempre para el que fuera su maestro, su mentor y su amigo. Bastaría re-

correr las páginas que el autor de *La sombra de Goethe* escribió sobre Alejandro Venegas, en el prólogo de sus escritos, que recogió con piadosa mano bajo el título de *Por propias y extrañas tierras*, para constatar cuán sincera y profunda era la admiración que el discípulo guardaba por el maestro.

3. No me corresponde decir algunas palabras en torno a las ingratas opiniones y apreciaciones del señor Silva Castro sobre la personalidad y la obra del escritor recientemente desaparecido, cuando aun podía aguardarse algún madurado fruto de su incansable laboriosidad; pero he considerado un deber ineludible puntualizar la apasionada injusticia con que se ha opinado sobre el valor y la significación del autor de *Sinceridad* y el carácter verdadero de la influencia que ejerció en la formación espiritual del que fuera su amado y predilecto discípulo.